LIBRO DE HECHOS

Lección 42, Capítulo 18 y 19

Hemos estado siguiendo los viajes misioneros de Pablo, en los que lleva las Buenas Nuevas a muchas naciones extranjeras del Imperio romano (comenzando por las numerosas comunidades judías): que el Mesías que los judíos habían estado esperando ha venido. Invariablemente, comienza llegando a una ciudad y acudiendo a la sinagoga local para hablar. Pero estas Buenas Nuevas no eran tan buenas para muchos judíos de la diáspora, porque se parecían muy poco a las enseñanzas de sus líderes religiosos judíos acerca de la naturaleza y el propósito del Mesías. Quizá lo más difícil de aceptar era la divinidad de Yeshúa. No sorprende que muchos gentiles temerosos de Dios que asistían a algunas de estas sinagogas estuvieran más abiertos al evangelio de Yeshúa, porque no estaban tan adoctrinados como los judíos en las tradiciones acerca de la naturaleza que debía tener el Mesías esperado.

La perspectiva tradicional era que el Mesías sería muy parecido al rey David; quizá incluso una especie de reencarnación del propio rey David. Sería un líder guerrero que impulsaría a los judíos a una rebelión exitosa contra Roma, liberaría a la nación judía de sus ocupantes, establecería al Mesías judío como el nuevo rey davídico de un reino israelita nuevo y ampliado y, en esencia, reemplazaría al Imperio romano como potencia mundial.

Esta era una época en la que la sinagoga (no el Templo) era la fuente de instrucción religiosa judía, y los líderes de la sinagoga, guiados por los fariseos, supervisaban la observancia y la conducta correctas. Muchos judíos comunes consideraban que la autoridad del Templo era, en el mejor de los casos, cuestionable y, en el peor (como ocurría con los esenios), corrupta e ilegítima. Por eso toleraban a los sacerdotes debido a las funciones rituales y ceremoniales exigidas por la Torá que solo ellos podían realizar. Si se negaban a cooperar con los sacerdotes y a reconocer su autoridad, no podían cumplir las leyes de Moisés, por mucho desprecio que sintieran por el sacerdocio.

Sin embargo, los judíos de Judea y Galilea mantenían una estrecha relación con el Templo, aunque también eran leales a las distintas sinagogas. Los judíos de la diáspora tenían mucho menos contacto con el Templo, pues solo los más capaces disponían de los medios o la motivación para hacer el largo, costoso y a veces arriesgado viaje a Jerusalén desde las tierras extranjeras donde vivían, para obedecer la Torá y participar en las fiestas bíblicas. Era completamente impráctico que viajaran al Templo para ofrecer sacrificios de expiación por sus pecados cada vez que surgiera la ocasión. Por eso, una corriente de profetas y maestros itinerantes salía de Jerusalén y se dirigía a las sinagogas de la diáspora, donde generalmente eran bien recibidos y considerados representantes de su «base de operaciones». Pablo y sus discípulos eran vistos como parte de esos maestros itinerantes, por lo que no les resultaba difícil conseguir audiencia.

Cuando lo dejamos la última vez, Pablo estaba a punto de salir de Corinto después de muchos problemas surgidos a raíz del mensaje de salvación, pues tenía la intención de regresar a la Tierra Santa. Viajaría en barco; pero antes de partir, en el puerto de Cencreas, se cortó el cabello para cumplir los requisitos rituales de un voto que había hecho. No sabemos nada sobre la naturaleza ni el propósito de ese voto, ni cuándo lo hizo. Hechos 18:18 informa de este asunto con pocos comentarios, como si los lectores de Lucas debieran comprender perfectamente los detalles de que Pablo se cortara el cabello para cumplir un voto. Ojalá Lucas nos hubiera contado más, porque a lo largo de los siglos los cristianos gentiles han aceptado enseñanzas muy dudosas de los primeros Padres de la Iglesia sobre lo que hizo Pablo y por qué. Aunque no es una opinión universal, el consenso consiste en justificarlo e intentar esconderlo bajo la alfombra como algo vergonzoso. Permítanme explicarlo citando una carta escrita por el Padre de la Iglesia Jerónimo a mediados del siglo IV d. C.

«Admitido que allí él (Pablo) hizo lo que hizo NO por voluntad propia, sino por el temor impuesto por los judíos: ¿por qué dejó crecer su cabello como consecuencia de un voto y después se lo cortó en Cencreas obedeciendo la ley? Porque los nazareos que se consagraban a Dios mediante un voto acostumbraban hacerlo de acuerdo con los mandamientos de Moisés».

Así que Jerónimo afirma que Pablo no lo hizo por voluntad propia; se vio obligado por miedo a los judíos y solo lo hizo para satisfacer una costumbre judía, evitando tener problemas con la población judía local. Más adelante, el venerable Beda, otro Padre de la Iglesia, ofreció una justificación diferente para que Pablo realizara este ritual. En su comentario al Libro de los Hechos, Beda escribió:

«Pablo hizo estas cosas (realizó el ritual del voto de cortarse el cabello) NO porque hubiera olvidado lo que él, junto con los demás apóstoles, había acordado en Jerusalén acerca de la abolición de la Ley, sino para que aquellos judíos que habían llegado a creer no se escandalizaran; así que él mismo representó el papel de judío para ganarse a los judíos».

Podría leer esto en casi cualquier iglesia del mundo y recibir asentimientos de aprobación y quizá hasta aplausos; pero espero que se den cuenta de lo antisemita, contrario a las Escrituras y sencillamente erróneo que es este razonamiento. Beda afirma que Pablo realizó este ritual del voto de cortarse el cabello, aunque sabía que la Ley había sido abolida en el Concilio de Jerusalén (en Hechos 15). Además, sugiere que Pablo fingía seguir siendo judío —simplemente interpretaba un papel— para ganarse la aprobación de los judíos y lograr que escucharan el evangelio. Beda afirmaba, como la mayor parte de la Iglesia para entonces, que Jacobo y el Concilio de Jerusalén habían abolido la Ley de Moisés para los creyentes, judíos o gentiles, aunque en las Escrituras no existe tal afirmación ni insinuación. La perspectiva de la Iglesia se había endurecido muy pronto: ser creyente en Cristo significaba que, si uno había nacido judío, debía convertirse en gentil y abandonar por completo su identidad judía. Así, los Padres de la Iglesia sentían que Pablo había renunciado a su herencia judía y se había convertido en gentil. El ritual de cortarse el cabello era solo una artimaña para seguir fingiendo que todavía era judío, engañando a sus compatriotas para que escucharan lo que tenía que decir acerca de la salvación en Yeshúa, renunciaran a su identidad judía y se convirtieran en cristianos gentiles.

Espero que estén tan horrorizados como yo. Esta mentalidad, claramente documentada en los escritos de muchos de los primeros Padres de la Iglesia, figuras influyentes que eran todos gentiles, es la fuente de lo que

la mayoría de los cristianos todavía cree hoy, y estas ideas están consagradas en algunas de las doctrinas más fundamentales del cristianismo. Es el método clásico de interpretación bíblica: comenzar con una doctrina decidida hace mucho tiempo por un concilio eclesiástico gentil y luego retorcer las Escrituras para hacerlas encajar. Así, en Hechos 18:18, las creencias de estos dos Padres de la Iglesia implican que Pablo ya no es realmente judío; sin embargo, quiere que los judíos locales crean que todavía lo es y realiza el corte ceremonial como parte de un voto sin sinceridad. Es una estrategia para que lo consideren digno de confianza y, cuando bajen la guardia, pueda lanzarse sobre ellos con el evangelio de Cristo. ¡Increíble! ¡Estas cosas no se pueden inventar!

Volvamos a leer una breve sección de Hechos 18 para comenzar la lección de hoy.

VOLVER A LEER HECHOS 18:19 HASTA EL FINAL

Pablo llegó a Éfeso y se quedó allí brevemente. La única razón por la que estuvo allí fue que esa era la ruta del barco: primero se detendría en Éfeso y luego continuaría hasta Cesarea Marítima, el principal puerto de la Tierra Santa y el destino de Pablo.

Lo primero que se propuso hacer al llegar fue ir a Jerusalén e informar a la comunidad creyente de allí, pues esa era la sede de El Camino. Dos observaciones: primero, aunque la CJB inserta la palabra «Jerusalén», en realidad esa palabra no aparece. El texto solo dice que Pablo «subió» para saludar a la comunidad (en la mayoría de las Biblias, «comunidad» se traduce como «iglesia»). Después de subir, bajó a Antioquía. «Subir» e «ir arriba» eran expresiones judías comunes que siempre se referían a ir a Jerusalén. En contraste con el «arriba» de Jerusalén, cualquier otro lugar estaba «abajo». Era una expresión de veneración y del estatus del lugar. Jerusalén no era el punto geográfico más elevado de la Tierra Santa, pero sí el más elevado en cuanto a estatus y perspectiva religiosa. Por eso, cualquier otro lugar del mundo, incluso el monte Everest, se consideraba «abajo» con respecto a Jerusalén.

Segundo, en el versículo 22, donde normalmente encontramos «iglesia» en las Biblias en inglés (pero en la CJB aparece «Comunidad Mesiánica»), la palabra griega es **ekklesia**. **Ekklesia** es una palabra común y genérica

que significa asamblea o comunidad, sin connotación religiosa. Sin embargo, muchas Biblias modernas la sustituyen por **iglesia**, creando la imagen de un lugar con vitrales, campanario, bancos y un grupo de «cristianos» gentiles reunidos para alabar a Jesús. Aunque quienes Pablo fue a visitar eran creyentes en Yeshúa, todos eran judíos y seguían practicando sus costumbres. Continuaban reuniéndose en sus sinagogas y siguiendo su liturgia judía habitual: sin vitrales, campanarios ni bancos.

Antioquía era donde se encontraba la sinagoga que había patrocinado sus viajes misioneros. Pablo estuvo allí un tiempo y luego partió para visitar nuevamente a varios creyentes que había establecido en la región de Frigia.

El versículo 24 cambia de tema y nos presenta a un creyente llamado Apolos, que había llegado a Éfeso para enseñar. Éfeso era parecida a Londres: un centro comercial y bancario. Se gobernaba a sí misma y probablemente era la tercera ciudad más grande del Imperio romano, después de Roma y Alejandría, Egipto. Si alguien quería relacionarse en poco tiempo con muchos judíos o gentiles, Éfeso era el lugar indicado.

En lecciones anteriores señalé que, aunque Pablo era un emisario especial comisionado personalmente por el Yeshúa resucitado para llevar las Buenas Nuevas tanto a judíos como a gentiles, no era el único creyente que hacía esto. Pablo era el principal apóstol judío, pero no estaba a cargo de todos los esfuerzos de evangelización. Muchos otros asumían esa tarea, sin duda a menudo bajo la dirección del Espíritu Santo, y hablaban a personas de tierras extranjeras acerca de los caminos del Dios de Israel. Apolos no venía de Jerusalén; era un judío de la diáspora que vivía en el mayor centro judío fuera de la Tierra Santa en aquella época: Alejandría, Egipto.

La historia recuerda a Alejandría (llamada así por Alejandro Magno) como una ciudad cosmopolita de culturas diversas. Una de sus instituciones más famosas era su biblioteca sin igual. La ciudad se encontraba en la encrucijada del comercio, por lo que era próspera y rica, y atraía a personas de todo el imperio. Muchos judíos famosos vivieron allí, incluido el intelectual Filón. En Alejandría se creó y conservó un tesoro de

pensamiento judío, y su sistema educativo no tenía rival. Por eso no sorprende que alguien con las capacidades de Apolos procediera de allí.

Sin embargo, la corriente de judaísmo más popular en Alejandría era bastante progresista y concordaba con el helenismo que Roma quería como cultura universal para su imperio. Por eso, el resultado fue más filosofía judía que erudición de la Torá. Aun así, algunas de las mentes judías más brillantes acudían allí para debatir sus puntos de vista con otros intelectuales judíos. También fue en Alejandría donde se creó, tres siglos antes, la primera traducción griega de la Biblia hebrea. Esta es la Biblia que hoy conocemos como la Septuaginta y que la mayoría de los judíos de aquella época utilizaba.

Apolos es descrito como un orador elocuente que conocía profundamente el Tanaj: el Antiguo Testamento, la Biblia hebrea. Lo que aprendemos acerca de lo que sabía, creía y enseñaba puede resultar confuso. Por un lado, se nos dice que era un gran estudioso de la Biblia, que había sido instruido en el camino del Señor y que enseñaba correctamente hechos acerca de Yeshúa. Pero el versículo 25 añade que solo conocía el bautismo de **Yochanan** (Juan el Bautista). Apolos era tan buen orador que lo invitaron a hablar en las sinagogas. Aquila y Priscila, amigos de Pablo que todavía estaban en Éfeso, fueron a escucharlo y pronto se dieron cuenta de que había muchas cosas que no sabía acerca de Cristo, así que se encargaron de instruirlo. Esto implica que el brillante Apolos era lo bastante humilde como para recibir con agrado su conocimiento acerca de Yeshúa.

Alrededor del año 52 d. C. existían muchas corrientes del judaísmo mesiánico. La que conocemos mejor era la dirigida por Jacobo y Pedro en Jerusalén, pero había varias más. No todas reconocían a Jacobo y Pedro como autoridades religiosas. Algunos creyentes, entre ellos quizá Apolos, eran tan inteligentes y educados que no sentían la necesidad de tener un mentor ni de recibir permiso oficial para enseñar acerca de Yeshúa y el evangelio. Por eso, no todos creían ni enseñaban las mismas doctrinas. Estudiaban por su cuenta y procuraban instruir a otros. Es casi imposible saber con certeza exactamente qué enseñaba Apolos acerca de Yeshúa. Sin embargo, resulta sorprendente que, al preguntarle sobre el bautismo, dijera que solo conocía el bautismo de Juan y no supiera nada de ser

sumergido en Yeshúa. ¿Qué significa «el bautismo de Juan»? Ya hemos tratado este tema, pero repasémoslo.

Juan el Bautista predicaba el arrepentimiento de los pecados y por eso bautizaba para el arrepentimiento. Es un asunto distinto de la salvación en Cristo. Juan no bautizaba para la salvación en Cristo, así que una persona no recibía el Espíritu Santo mediante su bautismo (Juan bautizaba antes de Pentecostés, que ocurrió después de la muerte y resurrección de Yeshúa). Juan enseñaba que, antes de ser salvo, uno debía arrepentirse primero de sus pecados; su bautismo era, por tanto, una especie de preparación para el de Cristo. ¿Qué es el bautismo en Cristo? La Biblia nos dice que esta inmersión es un renacimiento completo desde una perspectiva espiritual. La secuencia es: primero el arrepentimiento y después el renacimiento. Apolos sabía mucho acerca de Yeshúa, información que probablemente había recibido principalmente de palabra, y podía comunicarla. Aunque se había arrepentido de sus pecados mediante el bautismo de Juan, no había aceptado a Yeshúa de la manera en que normalmente entendemos esa aceptación y, al parecer, no sabía que ese era el paso vital. Por lo tanto, no podía haber recibido el Espíritu Santo.

Esto nos muestra algo importante: una persona que no cree puede ser un maestro de Biblia bastante eficaz. Puedo dar fe de ello porque muchos comentaristas bíblicos modernos que he leído —muy buenos, además— no solo no son cristianos, sino que ni siquiera creen en Dios. Esto se aplica tanto a estudiosos judíos como gentiles. Por lo general, son historiadores muy instruidos o brillantes especialistas en idiomas. Para ellos, la Biblia es simplemente literatura creada por seres humanos; son expertos en ella como profesión, no como fuente de verdad ni como Libro Santo divino. Apolos, por otro lado, era un hombre espiritual: creía en el Dios de Israel y en la Biblia hebrea (el Tanaj) como verdad. También parecía creer algunas cosas acerca de Yeshúa que no nos quedan del todo claras. Al parecer, Aquila y Priscila lo instruyeron en las creencias y doctrinas de El Camino, la corriente del judaísmo mesiánico centrada en Jerusalén. Por lo que sabemos, parece que las aceptó. Recuerden: Apolos no tenía un Nuevo Testamento que estudiar; no existiría uno durante otros 150 años. Con el tiempo, algunas cartas de Pablo empezarían a compartirse entre los creyentes y también circularían informalmente algunos relatos de los

evangelios. Otras cartas de enseñanza y otros evangelios, escritos por autores distintos de los que aparecen en nuestras Biblias, también ganaron aceptación. Así que todo lo que Apolos había aprendido y aprendería acerca de Yeshúa provenía de escuchar a otras personas. No sabemos quiénes eran antes de Aquila y Priscila.

No quiero extenderme demasiado en reflexiones filosóficas; sin embargo, hay millones de cristianos que conocen algunos datos acerca de Jesús, pero ¿qué creen saber realmente de él? ¿Qué creen de verdad acerca de él? ¿Qué pensaban que les sucedía cuando fueron sumergidos… si es que alguna vez lo fueron? Y, si fueron sumergidos, ¿en qué fueron sumergidos? ¿Realmente somos salvos a los ojos de Dios si el Jesucristo en quien creemos no se parece en nada al de la Biblia, o si las cosas que él enseñó, según el Nuevo Testamento, no son las doctrinas que nos han dicho que debemos seguir ni los valores por los que debemos vivir? Ojalá tuviera respuestas. Pero no hay mejor ejemplo de este dilema que Apolos: nos queda preguntarnos si fue verdaderamente salvo antes de conocer a Aquila y Priscila, o si lo fue después, cuando se completaron aspectos esenciales que faltaban en su fe en Dios. El conocimiento es la clave, pero debe ser el conocimiento correcto. Y la confianza en Yeshúa es la puerta, pero debe ser en el Yeshúa **real**, no en el que imaginamos o preferimos.

Apolos era un evangelista motivado y dotado. Después de un tiempo no especificado, viajó a Acaya para hablar y enseñar. Al parecer, había adquirido suficiente conocimiento y estaba lo bastante de acuerdo con las doctrinas de El Camino como para que se enviaran cartas de recomendación a los creyentes de Acaya, pidiéndoles que lo recibieran. Cuando llegó, debatió sin temor y públicamente con los judíos incrédulos, y utilizó las Escrituras —en lugar de «razonar» con ellos— para demostrar la verdad de lo que enseñaba: que Yeshúa de Nazaret es el Mesías del que hablaba el Tanaj.

Pasemos ahora a Hechos, capítulo 19.

LEER COMPLETO EL CAPÍTULO 19 DE HECHOS

En el versículo 1 aprendemos que Apolos estaba en Corinto al mismo tiempo que Pablo llegaba a Éfeso. Era la segunda vez que Pablo estaba allí. Parece que se acercó a algunos creyentes y les preguntó si habían

recibido el Espíritu Santo cuando llegaron a la fe. «No», respondieron. De hecho, ni siquiera habían oído hablar del Espíritu Santo. Al parecer, por medio de uno u otro creyente, muchos judíos y gentiles habían oído hablar de Yeshúa y habían creído lo que escucharon. Como Apolos, incluso habían sido bautizados, pero con el bautismo de Juan: un bautismo de arrepentimiento de los pecados. Pablo está de acuerdo con eso, pero dice que también debe haber otro bautismo.

Uno de los fenómenos de los tiempos del Nuevo Testamento era que la inmersión se había convertido en una especie de norma social que identificaba a una persona con determinado maestro, filósofo o partido religioso. Por eso oiremos a Pablo hablar de personas bautizadas en su nombre, del mismo modo que se habla de Juan el Bautista y de Yeshúa. Bautizarse en las enseñanzas o los caminos de alguien era común y no tenía el significado religioso específico que le atribuimos hoy. Joseph Shulam lo llama un culto a la personalidad, parecido a los jóvenes que siguen a ciertas estrellas de rock a todas partes porque están fascinados con ellas. Era habitual que, después de sumergirse en las enseñanzas de cierto maestro, llegara otro que les dijera lo que querían oír y la persona cambiara de lealtad al sumergirse, literal y figuradamente, en las enseñanzas del nuevo maestro. Así, la práctica de la inmersión se había distorsionado en cuanto a su razón y propósito.

Esta es una de las razones por las que Pablo pudo preguntar en quién habían sido sumergidos estos supuestos creyentes de Éfeso. Los discípulos le dijeron que en el bautismo de Juan. Pero había otra razón: Pablo percibió que tenían una comprensión muy vaga de su fe en Yeshúa. Nunca parece cuestionar que aceptaran, desde el punto de vista histórico y factual, que Yeshúa era el Mesías; pero tampoco veía señales de que mostraran evidencias de haber recibido el Espíritu. Seguramente ya se había encontrado antes con algo así, por lo que conocía los síntomas, las preguntas que debía hacer y cómo responder.

Debemos ser honestos al señalar que, después de sumergir a estos discípulos —que aparentemente no protestaron— en el bautismo de Yeshúa, Pablo puso las manos sobre ellos, y el texto dice que fue al imponerles las manos cuando recibieron el Espíritu Santo. Desde hace mucho tiempo existe un debate entre distintas denominaciones sobre si

el Espíritu Santo vino sobre estos hombres durante la inmersión o mediante la imposición de manos. Además, comenzaron a hablar en lenguas; para mí, es el hecho de hablar en lenguas —no la recepción del Espíritu Santo— lo que debemos examinar. Hablar en lenguas parece haber ocurrido cuando uno de los apóstoles participaba directamente en la conversión de alguien (lo vimos, por ejemplo, en el caso de Cornelio y Pedro). Sin embargo, Pablo da a entender que ser sumergido en el nombre de Yeshúa trae consigo el Espíritu Santo. La inmersión y la imposición de manos son acciones diferentes con propósitos distintos. Es difícil saber qué concluir, salvo que quizá el Señor concedió a estos apóstoles un privilegio especial para hacer que los discípulos presentes hablaran en lenguas. Cuando llegó el Espíritu Santo en Pentecostés, Pedro estaba presente y no hubo ninguna inmersión; aun así, los discípulos comenzaron a hablar en lenguas. Creo que es incorrecto inventar una fórmula doctrinal rígida o exigir una secuencia determinada basándonos en lo leído hasta ahora sobre la llegada del Espíritu Santo, la inmersión, la imposición de manos y el hablar en lenguas. Pero algo está claro: la inmersión en agua en el nombre de Yeshúa es un mandamiento del Nuevo Testamento para los creyentes; no es opcional. Recibir el Espíritu Santo es la señal de nuestra aceptación en el Reino. Sin embargo, hemos visto casos en los que el Espíritu Santo llegó antes de la inmersión y otros en los que llegó después. Hemos visto nuevos creyentes hablar en lenguas en algunas ocasiones y en otras no ocurre, o al menos no se menciona.

Pablo había hecho anteriormente una breve visita a la sinagoga de Éfeso cuando viajaba de Corinto a la Tierra Santa, y les prometió que, si el Espíritu Santo lo guiaba de regreso, volvería para enseñarles más. Después de terminar sus asuntos en su tierra, recorrió unos 2.400 kilómetros por tierra para regresar a Éfeso y cumplir su promesa. Enseñó allí durante tres meses, aparentemente sin interferencias. Pero, como siempre ocurría, quienes no podían aceptar sus enseñanzas sobre Yeshúa y la salvación se volvieron contra él y comenzaron los problemas. Los de la sinagoga de Éfeso que habían endurecido el corazón y se oponían firmemente al evangelio comenzaron a hablar contra Pablo y también contra El Camino. Esta vez, Pablo hizo algo interesante: tomó a los discípulos que habían llegado a creer y se marchó de la sinagoga con ellos, comenzando a predicar y enseñar en un lugar completamente nuevo: la sala de Tirano (o, como dice la CJB, la **yeshivá** de Tirano). Lo

que vemos aquí es lo que hoy podríamos llamar una división de iglesia. Sin embargo, desde la perspectiva de Dios, esto se relaciona con uno de los primeros principios de Dios que les enseñé: el principio de División, Elección y Separación.

A veces, el Señor determina dividirnos en grupos, elegir al grupo que decide que lo siga con un propósito divino y separarlo (separarnos) de los demás. Puedo decirles por experiencia que, por difícil y desgarrador que sea, a veces no queda más remedio que dejar una congregación de la que uno ha formado parte e irse a otro lugar. Quizá ocurre porque has aprendido demasiado como para seguir identificándote con un grupo que se aferra obstinadamente a ideas equivocadas y que ya no está en armonía con Yeshúa. Otras veces no se trata tanto de lo correcto o incorrecto, sino de seguir el plan del Señor para tu vida. Tristemente, también puede suceder por motivos mezquinos o egoístas, y la división no refleja más que el fracaso humano. Nunca es deseable estar en medio de una división congregacional, sea cual sea la razón, y siempre provoca resentimientos duraderos entre hermanos. Sin embargo, cuando se hace por las razones correctas y parece estar dirigida por Dios, ¿qué debemos hacer? Hemos visto a Pablo hacerlo dos veces: primero se separó de forma amarga de su compañero de viaje de muchos años, Bernabé, por el sobrino de este, Juan Marcos; y ahora no solo deja esta sinagoga en malos términos, sino que se lleva consigo a quienes siguen sus enseñanzas. Una cosa es marcharse; la ira aumenta cuando uno se lleva a otras personas.

Terminemos hoy con esta reflexión. Lo que hizo Pablo al dejar la sinagoga y llevarse a los discípulos fue radical y, por lo general, se consideraba una grave ofensa contra la **Halakhah**: la ley judía. Sin duda, la noticia se difundió entre las comunidades judías de la diáspora, y por eso, de aquí en adelante, no encontramos a Pablo visitando muchas más sinagogas (algunos dicen que nunca volvió a predicar en una sinagoga, pero eso me parece muy improbable). Este incidente seguramente tuvo mucho que ver con lo que leeremos en Hechos 21 acerca de Pablo yendo a Jerusalén y consultando con Jacobo; uno de los asuntos principales era que Pablo estaba siendo difamado entre las comunidades judías, acusado de hablar contra la Ley. Por eso Jacobo haría que Pablo demostrara públicamente que seguía siendo leal a la Ley de Moisés.

Continuaremos con Hechos, capítulo 19, la próxima vez.